

de hacerlo, sino á medida que va perdiendo sangre, se le van enturbiando los ojos, que concluyen por vidriarse. Suele acontecer alguna vez que, al introducir el cuchillo en la garganta del ciervo, éste da uno ó más bramidos, y á veces se levanta, cayendo en seguida; esto es raro, pero sucede. Lo que sí acontece siem-

pre, es que cuando se les acierta con la bala corren doscientos ó más pasos, se paran y se miran primero la herida y luego al sitio de donde partió el disparo.⁽¹⁾

(1) *En los montes de la Mancha*, por José Navarrete, página 106.



CAPITULO XV

EXCURSIÓN VENATORIA EN MARRUECOS

I



ABIENDO nuestro huésped que éramos cazadores, después de dedicar algunos días al descanso preparó en nuestro obsequio una batida.

Venían con nosotros treinta jinetes, otros tantos moros á pie y una trailla de mastines del Atlas, que son soberbios por lo sufridos y valientes.

Reunidos todos, bajamos á la vega, donde el agua llovediza había formado una extensa laguna sembrada de islitas cubiertas de zarzas y cañas.

Los jinetes nos escalonamos con los perros en torno de la laguna, y los de á pie fueron á las islitas de que he hablado y pusieron fuego á las malezas que las cubrían.

Los jabalíes que se refugian de día en aquellas guaridas, asustados por las llamas y ciegos por el humo, se arrojaron á nadó, y atravesando la laguna desembarcaron en la vega.

Entonces empezó una cacería imposible de describir, y de la que nadie podrá formarse una idea sino asistiendo á ella.

Tomo III.—Caza mayor y menor

Revueltos con los jabalíes, habían salido hienas, zorros y chacales, y tras de todos corríamos y á todos perseguían los perros aullando, ladrando, mordiendo y formando un concierto atronador.

Los gritos de los hombres, los relinchos de los caballos, los ladridos de los perros, el rugido de las fieras y los disparos de las espingardas, formaban un conjunto tan extraño y horrible al mismo tiempo, que el que de lejos nos hubiera visto y oído nos tendría por una legión de demonios salidos del lago para invadir la tierra.

Después de haber derribado un jabato y una hiena, me dirigí á galope contra un corpulento jabalí, que, perseguido por cuatro mastines, huía de ellos con dificultad. Animados los perros con mis gritos, redoblaron sus esfuerzos, llegando el más ligero á morderle en la grupa. La fiera se volvió entonces enfurecida, y arrojándose sobre los perros mató á uno de ellos é hirió á los demás, partiendo en seguida hacia mí con la rapidez de la flecha.

Comprendiendo el peligro que corría, quise detener mi montura, pero antes de poder lograrlo ya estaba sobre mí el jabalí. El caballo se encabritó resoplando, y yo disparé mi espingarda, pero el empuje de la fiera fué tal, que mi caballo, herido por el jabalí, cayó rodando por el suelo, arrastrándome en la caída. Al-



OJEO EN EL BOSQUE

gunos perros acudieron y se lanzaron resueltamente á la cabeza del jabalí, que trabó con ellos una lucha desesperada, pasando y repasando por encima de mí, sin que á pesar de todos mis esfuerzos pudiera levantarme. Por fin, pude coger á la fiera por una de las patas delanteras, hundiéndole repetidas veces mi cuchillo en el costado, con lo cual cayó y yo pude levantarme cubierto de sangre y lodo. Los otros cazadores, al verme tan lleno de sangre, creyeron que estaba herido, sin que yo por el pronto pudiera tranquilizarlos, porque, en verdad, no comprendía como había podido salir ileso de la refriega.

Reconocido el campo de batalla, recogimos seis jabatos, dos hembras, otros tantos machos, cuatro hienas, un chacal y algunos zorros.

Los jabalíes africanos son iguales á los de nuestros bosques, y sólo varían en cierto tinte general gris verdoso, perceptible sólo en los adultos.

Las hienas parecían unos perros grandes, de patas desiguales.

—En realidad, tienen las patas traseras del mismo tamaño que las delanteras—dijo Ducor.—Lo que las hace parecer más cortas es su grande elasticidad y el llevarlas casi siempre recogidas, por lo cual, de lejos parecen perros sentados.

—Efectivamente: la semejanza es notable, y cualquiera diría que son perros degenerados, ó como debían ser los perros en el estado salvaje.

—Hay, sin embargo, notables diferencias. Observa las patas que sólo tienen cuatro dedos armados de grandes uñas. Aunque el color de su pelo pardo-rojizo-negruzco en el hocico, en la cabeza y en las extremidades, es igual al de algunos perros, estas dos rayas negras que ves al lado del cuello, y la poca flexibilidad de éste, distinguen mucho á este animal del perro. Además, los instintos de las hienas son bajos y feroces, pero dominando en ellas la cobardía, hasta el punto de que estos animales, de los cuales algunos en Europa forman una idea muy exagerada, jamás atacan al hombre y huyen siempre ante los perros.

Más se parecen á los perros los chacales. Observa éste que tenemos delante, y verás la semejanza en su pelaje, color y tamaño, pues es más pequeño que los mastines de Europa. Mira los dientes y comprenderás que este animal es omnívoro y no carnívoro como pretenden algunos naturalistas.

—Así es la verdad,—dijo uno de los cazadores que nos estaba oyendo;—estos animales comen lo que encuentran y lo mismo devastan una huerta que destrazan un rebaño. Nuestros pastores llaman al león el

señor de la gran cabeza, y á los chacales, que son sus amigos, los de la gran boca, porque todo entra por ella.

—¿Son los chacales amigos de los leones?—pregunté.

—Siempre andan juntos á la manera del tiburón y el piloto. El chacal encuentra siempre abundante comida con lo que el león deja después de saciado su apetito.

—De suerte que no andarán lejos de aquí los leones.

—Aquí no los hay,—contestó el moro,—porque estos terrenos son muy frecuentados; pero más allá de Marruecos se encuentran en abundancia.

Al siguiente día tomamos el camino de las montañas, donde cazamos el puerco espín mientras volvían unos exploradores que en varias direcciones habíamos mandado para ver si encontraban madrigueras de gacelas.

Los exploradores regresaron aquella tarde con muy buenas noticias. A media jornada del sitio donde estábamos había dos cuevas que los pastores de las cercanías aseguraban estar habitadas por gacelas.

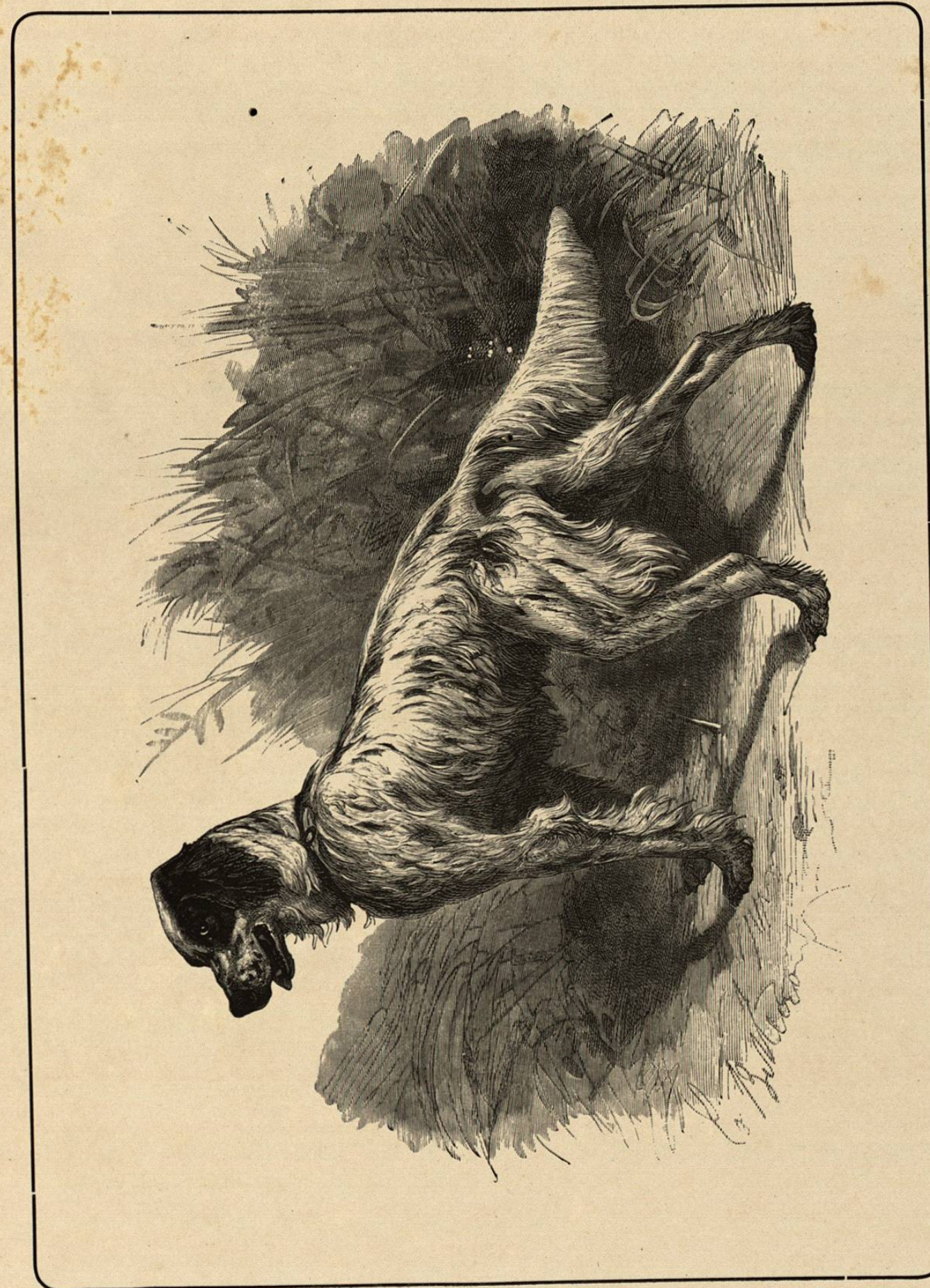
Así, pues, con objeto de sorprenderlas al salir de las cuevas, porque las gacelas duermen de noche y hacen de día sus excursiones, nos pusimos en marcha, y poco después del amanecer llegamos al pie de una gran peña. Un moro que se hallaba allí apostado nos aseguró haber visto salir la gacela, y por lo tanto soltamos los perros, que pronto dieron con su rastro, y empezamos á perseguirla en dirección al llano, que era á donde se dirigía la pista.

Ya habíamos andado largo trecho cuando saltó delante de los perros una cierva, y después un ciervo de los llamados de diez candiles, que parecía perseguirla. Los perros se precipitaron sobre la nueva presa que se les ofrecía: el bosque estaba lejos, y los ciervos cansados por la gran carrera que habían dado antes de encontrarnos. Sin embargo, quizá se nos hubieran escapado á no surgir un incidente extraño.

La hembra, fatigada, se tendió sobre la yerba, y el macho llegó á ella en dos saltos, pero llegó tarde. Ya estaba haciendo tiernas caricias á la hembra otro macho más afortunado.

Furioso el diez candiles al ver á su rival, se arrojó sobre él, trabando ambos una lucha desesperada, á la cual pusieron término nuestras balas echando por tierra á los contendientes.

La hembra, por su parte, al oír los disparos se levantó ligera y desapareció, sin que pudiéramos darle alcance.



JOKE LAVERACK SETTER